SUPLEMENTO

Á LA GAZETA MINISTERIAL

DEL VIERNES 21 DE AGOSTO DE 1812.

Concluye el discurso pronunciado en la sociedad patriótica de Carácas.

Sea enhorabuena laudable que el magistrado por efecto de la fortaleza de su espíritu, menosprecie las amenazas del poderoso; y los amagos del motin, para hacer triunfar la ley; que el legislador la dicte á los pueblos desentendiendose de las facciones que intentan dominarle; pero se divisa sin duda cierto ayre de mayor grandeza, ciertos rasgos mas brillantes, ciertos pasos mas sublimes y admirables en aquel ciudadano que quando todo el pueblo tiembla, y se estremece á la vista de las huestes enemigas que vienen á devorarle, no solo se presenta á oponerseles, sino que marcha á encontrarlas, y sin asombrarse, ni intimidarse por el estruendo de los tambores, por el ronco sonido de las trompetas, por el relincho de los caballos, por el brillante esplendor de las armas aceradas, por el filo cortante de los alfanges, por el estallido del cañon, por el agudo sumbido de las balas; interpone su pecho como si fuese una muralla de bronce á todos estos peligros, y sacrifica intrepidamente, si es preciso, su propia vida por salvar las de sus conciudadanos, y por salvar con la de estos, la de la libertad, y la de la patria.

Acciones semejantes como que se elevan á la esfera de prodigiosas, y como tales nos pasman, y nos arrebatan de admiracion. Y de aquí es que en todos tiempos sus dignos autores fueron tenidos en la eterna memoria de los pueblos, y elevados á los primeros honores entre sus conciudadanos. Para premiarlos dignamente fueron inventadas las ovaciones, las suplicaciones, los triunfos, las estatuas, los arcos, los trofeos, los monumentos públicos, y todos los demas ornamentos singulares, casi equivocables y análogos á los que se tributan á la misma divinidad; y quales jamás, ó muy rara vez fueron decretados en obsequio de la temperancia, de la liberalidad, de la justicia, y demas atributos republicanos.

"Quæ magno animo (*decia Tulio*) ea fortiter excellenterque gesta sunt, ea nescio quomodo quasi pleniore ore laudamus. Y su sabio escoliador ilustrando este pasage, añade: Magnum enim videtur in publico civitatis metu ac trepidatione, irruenti sese hostium agmini opponere, non tubarum sinum, non lituorum clangorem, non equorum hinnitum, non armorum fulgorem, non avida sanguinis tela, non crebris tinctos cædibus gladios extimescere, ire immo obviam omnibus, et periculum ab aliis præsenti vitæ suæ periculo depellere: pro aris et focis, pro templis et mænibus, pro salute ac libertate communi, ictus, vulnera, mortem deniqne, si resferat, non excipere tantum verum etiam ultro appetere. Hæc qui præstiterunt in omni ætate, apud omnes populos clari, illustres, honorati fuerunt. Illis orationes, supplicationes, triumphi; illis statuæ, arcus, trophæa, illis monumenta publica, illis denique omnia singularia, et divinis honoribus proxima ornamenta decreta sunt, qualia aut numquam, aut perraro temperantiæ, liberalitati, justiciæ tributa legimus.

El estado de Carácas, si pudiese en su naciente existencia desear algunas qualidades populares, no deberia desconocer por lo ménos la fortaleza de espíritu, la magnánima intrepidéz, el héroico valor marcial que anima á todos sus ciudadanos. Bastante lo mostraron éstos quando en el occidente obraron baxo de las órdenes del gallardo general ciudadano Francisco Rodriguez del Toro. Bien se demuestra diariamente en la firmeza con que contienen en el oriente las hostiles irrupciones de los pérfidos insurgentes de Guayana, baxo las órdenes del animoso comandante ciudadano Francisco Moreno. Demasiado le desplegaron quando amenazados en Cumaná de una faccion europea, alevosamente apoderada del castillo de san Antonio, la desarmaron, humillaron y escarmentaron; y quando arrojaron de sus playas á los viles agentes del comisionado de Puerto Rico.

Extraordinariamente desarrollado se vió la tarde del dia 11 del mes próximo pasado, en que apenas la patria imploró el amparo de sus hijos, amenazada de una faccion atróz y sanguinaria, quando se poblaron las calles, quando se inundaron los campos inmediatos de patriotas resueltos, que se disputaban entre sí los peligros, que los arrostraban con la mayor firmeza, que buscaban y perseguian á los traydores; y que disiparon en un momento toda la tempestad.

Valencia en fin es el célebre teatro en que acaba de ilustrarse mas la fuerza irresistible del espíritu de nuestros conciudadanos, esa virtud maravillosa que pone al hombre cerca de la divinidad. Una densa y espesa nube se levanta ya en aquella desgraciada region que vibra rayos contra nuestra libertad, y empieza á descender sobre nuestras cabezas. ¿Que

tuacion tan consolatoria no fue para la patria en los momentos de haberse decretado la conscripcion, ver que muchos de sus hijos se disputaban la fortuna de ir á verter por ella su sangre, y á exhalar en su servicio el último de sus suspiros! La legion de la patria se pone en marcha, y llevando á su cabeza al invicto, al imperterrito; al sabio, al experto y veterano general ciudadano Francisco Miranda, aquella cree con razon que lleva en su mano la victoria. Son vanas las posiciones ventajosas que ha tomado el enemigo. Inútil es la sacrilega violacion que este hace del sagrado derecho de las gentes. Infructuoso es su recurso á la mas ostinada y temeraria resistencia. El fuego de los cañones enemigos inflama el de la libertad. La muerte de los hombres libres exâlta el animo, y valentia de los que les sobreviven. Todo cede én fin á la bravura de nuestras huestes, á la intrépidez y sabiduria de nuestro general.

¡Qué campo tan vasto no ofrece Valencia para el elogio, en las diversas acciones que presidieron nuestros campeones! ¿Quién podrá recordando este suceso, dexar de admirarse y complacerse en la dulce memoria de los Mirandas, los Toros, los Bolívares, los Salias, los Palacios, los Rodriguez, los Flores, los Piñeiros, los Arebalos, los Guevaras, y otros cuyos nombres se transmitirán perpetuamente á nuestra posteridad?

¡Pero que corazon habrá tan destituido de sentimientos que no se enternezca, ó que alma tan baxa que no se eleve al oir el nombre del ciudadano Lorenzo de Buroz! Este joven digno de mejor suerte habia ganado ya la confianza del general en dos acciones arriesgadas que, puestas á su cuidado, desempeñó con honor, con acierto, y entereza. Apenas sabe que se le ha provisto para comandante del quartel general, mientras se dé el último ataque, quando se presenta al xefe, y le conjura en el modo mas urgente y expresivo para que le mande al mayor peligro. No satisfecho con habersele dado á entender la importancia del puesto que debia cubrir, interpone la mediacion de los Próceres del exército; obtiene su intento: se empeña en la accion; busca al enemigo: en lo mas sangriento de la lucha, una funesta bala atraviesa su generoso pecho. "Hé »concluido, exclama, con la obligacion que »me impuso la patria. Seguid compañeros mi »exemplo. Si es preciso morir muramos libres. »Nunca muere, el que muere peleando por »la libertad de su patria."

¿Que lenguage es este tan nuevo y desconocido con que se explica un caraqueño al exâlar su último aliento? ¿Son estas la expresiones con que se despide un oficial que muere en la campaña, vil esclavo de un rey á quien no conoce? No ciudadanos: estos son los amorosos sentimientos de un intrepido republicano que muere por su patria. Buróz renovó por la suya los votos que hicieron los tres famosos Decios quando para salvar á Roma sacrificaron su vida en medio de las legiones enemigas. En Buréz se reproduxeron los de Quinto Nucio Scevola, quando voluntariamente entregó al fuego su mano derecha por haber errado el golpe que dirigia contra el tirano Porcena. La fortaleza de ánimo de Buroz es la misma que se encontraba en el de Aristogiton y Harmodio, quando para trillar el camino de la libertad de Athenas, dieron la muerte á Hiparco; y en el de aquellos inmortales Lacedemonios que en número solo de trescientos detubieron por muchos dias el transito sobre las Thermópylas al exército innumerable de Xerxes. Murió en fin este ilustre hijo de la patria, la gloriosa muerte de los héroes.

El es en el dia de hoy el tierno objeto de las sensaciones de la sociedad patriotica. Llora esta en su perdida la de un consorcio intimamente poseido de ideas francas, liberales, y populares que muchas veces difundió por su propia voz sobre esta apacible corporacion y demas circunstantes, con general aplauso de quantos le oiamos. Llora la de un ciudadano estudioso, dotado de todas las virtudes publicas y domesticas que constituian la esperanza lisonjera de la patria, el apoyo de una larga familia, y el consuelo de una madre tan virtuosa como el. Llora en fin la de un oficial que á pocos pasos, y por lo que presagiaban su talento, su instruccion, su varonil aliento, y su presencia de animo, deberia ser para el estado venezolano lo que fue Leonidas para Sparta, lo que Epaminondas qne Thebas, lo que Themístocles y Arístides para Athenas, y lo que para Roma fueron Fabio, Scipion y Marcelo.

En tan funesta desolacion, la sociedad incapaz de desmayar en medio de los mayores infortunios, vá á convertir este reves en ventajas de la patria. Si los tiranos han podido privar de la vida natural á una de las columnas de nuestra libertad, la sociedad le sostituirá en la eterna gratitud de sus conciudadanos, en la inmortalidad de su nombre, en la gloria de su opinion, y en los indelebles fastos de nuestra historia, una vida mucho mas preciosa que la que ha perdido. Su busto y su epitafio, que serán en adelante los hornamentos de esta sala y de qualquiera otra en que se respire el ayre vivificador de la libertad, serán monumentos públicos transmisibles á los venideros siglos. Ellos inflamarán la noble emulacion de las generaciones presentes y futuras. Y estas teniendolos constantemente á su vista, como si fuesen tocados de su electricidad, serán otros tantos héroes renacidos de las cenizas de aquel, para contener y refrenar el impetu de los tiranos, y de sus viles agentes. Estos son, ciudadanos, los votos de la sociedad. Teneis abierta la senda que conduce á la gloria de la inmortalidad. Marchad sobre ella con paso firme y magestuoso. Imitad al primero de nuestros héroes, y preferid á una vida caduca y perecedera, otra cuya duracion se conmensura con los tiempos y con los imperios, y que nunca dexará de ser, mientras que los hombres no desconozcan la hermosura de la virtud.

Imprenta de Niños Expósitos